



El adios de mis  
muñequitos al amado  
poeta. Landa Lomas, 2-5-76.

## EL HUMORISMO EN VENEZUELA, A PROPOSITO DE AQUILES NAZOA

RAFAEL PINEDA

Aquiles Nazoa comparaba el género humorístico, literario y gráfico, a un "ratón de las costumbres cotidianas" que se contenta con roer su pedacito de queso, si es que lo hay, porque de lo contrario tiene que limitarse a soñarlo, como con él a su vez está soñando el gato. Por el contrario, el historiador tiene a su disposición la despensa entera, aparte de que en sus papeles de investigador habrá tropezado alguna vez con la fórmula de hacer queso.

El humorista es aquel que está al acecho para atrapar las formas pequeñísimas del vivir que se le escapan al historiador: mínimos dramas que no pertenecen a la gran intemperie heroica ni ocurren bajo las cúpulas doradas de la historia. Son los asuntos de todos los días, la vida de la calle, la intimidad casera.

¿Por dónde entra el historiador sino por la puerta grande de los acontecimientos y de las épocas? Por el contrario, el humorista, por lo menos el de otros tiempos, hace un buen rodeo y se cuelga por el corral o por la puerta cochera. ¿Será el mismo, digo yo, que hoy se ve obligado a subir por la escalera de servicio de un apartamento, donde el ascensor es de uso exclusivo de los encopetados inquilinos y sus no menos visitantes?

Sin embargo, no todos los hechos avanzan directamente a la sublimación de la historia, ni aun aquellos en que está envuelto el destino de muchas personas o de países enteros. Según las circunstancias en que se ha producido y por el mismo contraste con la expresión que han tomado, primero crean una situación de emergencia humorística, cuya principal característica es la de dar inmediatamente la vuelta al mundo, transmitida de boca en boca,

antes de que arribe a los textos de la historia. Es, por ejemplo, lo que Cambronne, volviéndose en medio de la retirada de los franceses en Waterloo, le gritó al enemigo: "Merde"!

Otras veces puede ocurrir que la historia es puesta en jaque con todos sus rodales retóricos, por personajes como Guzmán Blanco que no aceptaba, para juzgar sus actos, ninguna medida que no fuera su propio poder de autócrata. Por eso proclamaba: "Yo mando con la cabeza mía". O bien: "Todos saben que lo que concibo y hago es parte de mi cabeza y de mi voluntad", como Júpiter pariendo del cráneo a Minerva. De hecho, por esta manera de ser y de gobernar, el Ilustre Americano siempre estaba situándose al borde del ridículo, aun en situaciones adscritas al orden de lo sublime, como en la oportunidad en que se incorporó a la Academia Venezolana de la Lengua, y tuvo que dividir en dos días la lectura del discurso correspondiente, tan largo era. Todos sacaron tiras de aquella pieza, sarcasmos a los cuales respondió Guzmán Blanco con un ataque a su principal detractor, o por lo menos el que había concretado en forma escrita la caza de gazapos al neo-académico: José María de Rojas, y que a su vez tenía la cola de paja de un marquesado.

En estas hecatombes político-literarias, la historia cede el lugar al humorismo, por su capacidad para acumular y divulgar, de primera mano, las fanfarronadas de los hombres, mientras se serenán los juicios. Pero Guzmán Blanco también tenía sus puntillas jocosas, dictadas por su autocracia, como todo lo demás. Un episodio que narra Manuel Alfredo Rodríguez (*El Capitolio de Caracas*), a propósito de la inspección diaria que hacía Guzmán Blanco de la construcción del Palacio Federal, en 1876: "Se cuenta que en cierta ocasión interrogaba al ingeniero Roberto García (encargado de los trabajos), y que éste, abstraído en sus cálculos, le respondía a todo que sí. En un momento dado el Presidente le formuló una pregunta deliberadamente

disparatada, y obtuvo la consabida respuesta afirmativa. Entonces el Ilustre Americano hizo gala de buen humor e inquirió de su interlocutor: "¿Usted como que cree que yo soy pendejo?". "¡Sí...!", respondió distraidamente el absorto ingeniero".

En **Los Humoristas de Caracas**, tratado de la carcajada criolla que vale por una lágrima lo suficientemente extensa y profunda como para formar a su vez un mar-océano, Aquiles Nazoa expresa que en nuestro país se hizo un humorismo de periódico que careció de sosiego y condiciones favorables al desarrollo de "una obra densa, substanciosa, perdurable en el tiempo". ¿Por qué? A menos que se trate de un trabajo de equipo —el del semanario que aparece y con la misma desaparece, arrastrado por cada ventolera política, si no antes, por inoportuno—, no se ha producido aquí, como densidad, una bibliografía humorística igual a la de los ingleses Shaw, Wilde, Jerome, o la de los norteamericanos Twain o Thurber; ni, como expresión colectiva, tampoco se ha creado un periódico de los alcances del **Punch** de Londres, tan venerable además por la colaboración recibida de "los más grandes caricaturistas de todos los tiempos".

De 1945 data el siguiente párrafo de Aquiles, reproducido en el prólogo de **Los Humoristas de Caracas**:

"Poseen los pueblos anglosajones —sobre todo los ingleses que parecen ser el pueblo mejor dispuesto para ello— un peculiar modo de humorismo en el que jamás aflora la tragedia. Ellos son tradicionalmente pueblos bien gobernados, o por lo menos pueblos que pueden por su raíz democrática cambiar de mandatarios y forjarse la esperanza de que pueden, en un momento dado, modificar pacíficamente un estado de cosas que se les ha tornado incómodo. Son pueblos radicalmente dichosos en comparación con los nuestros, y si el humorismo político enfila entre ellos sus baterías contra el mandatario de turno —lo cual sucede siempre—, esas baterías disparan pólvora sola, pues todo aque-

llo no pasa de ser arma de caballeros, destinada tan sólo a obtener más votos para su candidato y restárselos al contrario. De ahí que en toda elección inglesa o yanqui se hagan grandes derroches de "espirit" y de ingenio: fina esgrima con florete abotonado, lucha sin sangre y sin encono donde toda palabra malsonante se halla proscrita, entre los ingleses por británica flemma y entre los norteamericanos por contraproducente y porque daría lugar a una peligrosa demanda por difamación.

"Pero aquí ante el montonero o el espadón adueñado de un poder omnimodo; aquí donde la historia nos ha enseñado que vivir es ante todo defensa, ¿ha podido acaso hacerse un humorismo sonriente y delicado, humorismo que llevó a Jerome, por ejemplo, a escribir sus **Divagaciones de un Haragán**, y a dedicarlas a la más sólida, sabrosa y vieja de sus pipas? Es claro que no. No se trata aquí de causar el rasguño leve de la sutil ironía, sino de desnudar al mandón y presentarlo en toda su estevada y ominosa figura. Aquí el humor es tan sólo en el camoufflage que se use para exteriorizar un sentimiento de repulsa, pero el contenido real no es casi nunca cómico ni alegre siquiera. Es trágico en su fondo y, a veces, como en muchos poemas y crónicas de Leo, y principalmente en sus dibujos, es también trágico en su forma.

"Si su sistema de vida les ha permitido a los humoristas anglosajones actuar como espectadores risueños del drama social, el de los nuestros los ha forzado a ser sus protagonistas y con frecuencia sus víctimas. Antes de dedicarse a las letras, la mayoría de nuestros humoristas del pasado habían sido guerreros; y entre los contemporáneos, muchos son más conocidos por su larga figuración en las cárceles políticas que por la obra que produjeron".

Cuántas veces no aludió Aquiles a Mark Twain, quien se ponía él mismo como ejemplo de un hecho propio de la naturaleza del humorismo, su brevedad, pero que tiene en cambio la ventaja

de los que estaban destinados a morir a los quince años: la edad sin pecar.

Como el humorismo no puede vivir sino al paso de las costumbres, Twain, satirizador de un país dinámico, constituyó una excepción. La regla es la Inglaterra conservadora —como lo será también el *swinging London*, donde el humor de Mary Quaint se arremangó las faldas hasta esa misma regla—, donde el humorismo se presenta como debiera ser en todas partes, es decir, como interpretación y repiques a la vida que es distinta a la moda y por lo mismo va a demorar más en el tiempo que los dictados de alta costura. Por eso Jerome glosa a Cristo, a quien "retrata como un hippie empeñado en negar las virtudes del trabajo". Es el mismo humorista que dice: "Yo admiro inmensamente el trabajo; el trabajo es lo que más me seduce en el mundo: puedo pasar hasta seis horas viendo trabajar a los otros".

Lo que tipifica al humorista inglés es su infinita capacidad para porfiar y porfiar, como en aquel episodio de la tetera que se negaba a hervir en un barco de excursión dominical por el Támesis, para desesperación de los paseantes a las *five u o'clock tea*. A lo largo de dos páginas, Jerome encuentra la solución: llevarle la contraria a la tetera, plantarse ante ella, decirle que no hay ningún gusto en probar un brebaje que por lo demás produce cáncer: dicho lo cual la tetera revienta a hervir como una misma condenada, y todos felices y contentos en la bruma del río, tomando sus humeantes hojas de Siam.

Estas pequeñas cosas son las que producen el humorismo, decía Aquiles. El humorista recoge las migajas que caen de la viandas suculentas de los ilustres. En la Venezuela donde, después de sacudirse el polvo de las polainas, pulirse los bigotes y endosar el chaleco, no faltó quien se pusiera a inventar qué fue lo que conquistaron la Independencia y la Federación, el humorista recoge las boronas de lo que en grandes términos estaban

describiendo en sus libros el historiador y el sociólogo. Es el ratón que se siente gratificado por el pedacito de queso de la despensa histórica.

El humorista venezolano, glosador, cronista o dibujante, estaba de paso o por accidente en el periódico, mientras llegaba la hora de consagrarse *full time* a empresas literarias de las que esperaba un gran destino. Y como estaba de paso en esa crónica o en ese dibujo, en esa gacetilla firmada con seudónimo, no se cuidó de realizarse plenamente en las materias que definen al humorismo.

Observador directo de los seres humanos, las costumbres y las cosas; sensible a las ridiculeces sociales, a la maldad, al egoísmo, a la envidia, el humorista cayó forzosamente en la política y en las politiquerías criollas. No hubo en Venezuela quien no tuviera que ver con la cosa pública, y por lo mismo que los partidos de entonces no eran tales sino grupitos esporádicos y caudillescos y sus combates se dirimían en términos parroquiales, el humorista "se quemó miserablemente", y no fue tal ni tampoco el sublime escritor y rapsoda en que esperaban convertirse cuando pasaran las rachas circunstanciales.

De alrededor de sesenta nombres mencionados en su libro *Los Humoristas de Caracas*, por Aquiles lo que queda es la anécdota, pero poco o nada substancial, poco o nada que se parezca ni remotamente a Shaw, a Thackeray, a Dickens, ni siquiera a Twain. ¿Qué ocurrió? Pues señores, que al no tomarse en serio a sí mismo, el humorista fracasó en su misión de que los otros lo tomaran —y a su trabajo— en broma, como si Aquiles tomara el suyo, en ambos sentidos.

¿Excepciones? Claro que sí las hubo. Aquiles era el primero en anotarlas:

Francisco Pimentel, Job Pim, El Jobo, con quien el humorismo evoluciona en cuanto a expresión venezolana, y se consolida como expresión urbana contra los Pedro Riales y los Juan Bobo. Este hecho se deriva en parte del resumen de logros

técnicos, idiomáticos, del oficio poético que trajo el Modernismo contra los Campoamor, los Vital Aza, los Miguel Ramos Carrión, contra la pésima calidad del chistólogo profesional, El Modernismo amplía las posibilidades del idioma castellano, y una vez sosegadas las rimas versallescas, aparecen poetas populares como Job Pim que capitalizan los recursos de la nueva escuela literaria en beneficio del humorismo.

Alberto Arvelo Larriva manejó con increíble soltura los metros modernistas, pero de tal manera se envició en el juego de palabras, que el retórico terminó por limitar al gran poeta. "Gimnasia del verso", lo llamó Andrés Eloy Blanco. Arvelo Larriva fue excelente lírico, y Aquiles era el primero en admitirlo; pero no pudo llevar al humorismo a otra cosa que al juego de palabras.

Jabino, a quien Aquiles calificó como nuestro más grande humorista en prosa, describió la ciudad, Caracas, la vida parroquial con un lenguaje conciso, rápido, juguetón, cargado de la más fina ironía. Heredero de los costumbristas rurales como Rafael Bolívar, superó sus ordinariíces que en su turno proceden de la picaresca española.

Rafael Michelena Fortoul, Chicharrita, si fue descuidado porque pertenece a la clase de humoristas que se creían estar de paso hacia una obra superior, supo sin embargo hablar a las carotas con tropezones, y en su **Musa Cocinera** obsequia versos de la mayor frescura.

Y —¡qué sorpresa más grande!— en el inventario del humorismo criollo, Aquiles incluía nada menos que a Aristides Rojas, humorista así titulado por la redacción de avisos como **Al Figaro**. Esta era una de tantas pruebas de "gracia involuntaria" del anticuario de Caracas, o sea, el estruendo de la retórica que estalla bajo la sobreabundancia de halagos formales y símiles.

En una de sus conferencias que luego recogería en el libro póstumo **Leoncio Martínez** (Concejo Municipal del Distrito Federal, 1976), Aquiles se

autotituló como "uno de los últimos dolientes" de Leo, con lo que quería dar la medida de su admiración por el juvenil socio de Job Pim en el periódico humorístico **Pitorreos**; y creador de **Fantoches**, y en sus páginas, de Pinocho y de mil y una caricaturas donde, milagros de la sorna criolla, la realidad venezolana de entonces mostraba la faz más risueña, precisamente cuando su capacidad de lágrimas, sufrimiento, vergüenzas y muerte, había sido más que rebusada por la dictadura gomecista.

En el citado libro aparece la semblanza que Aquiles daba de Leo:

"Leo se tuvo siempre como un humorista, y ya se sabe que todavía en nuestro país no nos hemos detenido con el interés suficiente, con la necesaria penetración, a estudiar lo que ha de entenderse por humorista. Hay dentro del humorismo toda una escala de matices, y a Leo se le tuvo siempre como situado dentro de la concepción más fácil y más vulgar de lo que usualmente se entiende por humorismo. Se le tuvo principalmente como un chistoso profesional, como un hombre cuya profesión consistía en hacer reír a los demás; y la conciencia que él tuvo de ese papel que se le asignaba, lo hizo sufrir tanto como si se le negara su condición misma de hombre. Vivió Leo una de las épocas más sombrías que afean, que entenebrecen la historia moderna venezolana. Desde niño hasta anciano casi no vivió una sola hora de libertad en el sentido en que la entendemos hoy nosotros, y el hecho de que se le tuviera tan sólo como un hombre consagrado a hacer reír a los demás, entraña no solamente una injusticia sino también una profunda incomprensión de lo que significó aquel hombre como humorista.

"Dentro del humorismo... hay toda una gama de matices numerosísima y cada una señalada por una característica peculiar: dentro de lo humorístico caben categorías como lo irónico, lo cómico, lo sarcástico, lo burlesco, lo mordaz, lo satírico, lo chistoso, lo festivo, lo gracioso, lo gárrulo, lo ocu-

rente, lo espiritual, lo ridículo, lo risible, lo jocundo, lo ingenioso.

“¿Dónde situar a una figura como Leo, él, que fundamental fue conocido y admirado como humorista?”

“Cuando Leo se hallaba en el apogeo de su popularidad, cuando estaba en la cúspide de su brillantísima carrera, aquella circunstancia de su personalidad y de su evolución coincidió con el peor momento que haya vivido Venezuela en los últimos cien años; con el momento en que el gomecismo se había apoderado completa, totalmente de la vida venezolana en todas sus significaciones, lo mismo en la economía que en la vida social, y especialmente de lo que se llama, por nombrarlo de alguna manera, el espíritu tradicional venezolano.

“El mundo de Leo, aquél que él llevó a su dibujo y que lo hizo tan famoso y tan querido de nuestro pueblo, no era propiamente un mundo festivo; lo festivo en todo caso sería el tono risueño en que formulaba los diálogos que acompañaban su dibujo. Leo no fue, en el sentido gráfico de la palabra, un humorista festivo, ni menos un humorista alegre. Fue un fiscal de la historia, fue un señalador de nuestros males, fue un vengador del estado de opresión y de miseria en que agonizaba nuestro pueblo en aquellos años en que él llegaba al punto culminante de su carrera artística; y en el teatro, en el cuento, en el periodismo, en el dibujo, lo que nos dejó aquel hombre fue un patético testimonio, un retrato sangrante de lo que fue la Venezuela de su tiempo”.

Aquí también debemos recordar que el mismo Aquiles, sin mengua alguna en su admiración por Leo, fue también quien señaló la contradicción que existió entre el humorista revolucionario, quemado por los hierros de la cárcel desde su primera juventud, insobornable aun si molido a palos, fustigante en los mayores dolores morales y físicos; la contradicción existente entre esta voz de la justicia y el conservador en literatura que fue Leo, en poesía

particularmente, desde las páginas de **Fantoches**. Aquiles recordaba que en la oportunidad de haber publicado algunos periódicos y revistas los primeros poemas de Juan Ramón Jiménez que se conocieron en Venezuela, Leo, sin disposición para captar el sentido de la nueva literatura, no lo pensó dos veces y recluyó al poeta andaluz —y como lo haría con tantos otros— en la **Clinica del Dr. Landrú**, es decir, en su sección de **Fantoches** donde descuartizaba a más y mejor, o él lo creía así, a quienes no comulgaban con sus limitados recursos literarios que por otra parte compensaba con su chispa siempre encendida: esos dos o tres trazos de sus caricaturas demolidoras, para reír llorando, y mucho más estando la época tiranizada por el gomecismo.

Pervive hoy lo que Aquiles llamaba el humorismo de corral, aquel que se manifestaba en actos bárbaros como el de la piñata del Día de los Inocentes, llena con un avispero, ratones, cucarachas y otras alimañas. Y se da la paradoja de que “nuestra más alta expresión de cultura”, la TV, favorece todavía aquel tipo de humorismo que se creía muerto, cuando invita por ejemplo a un programa de **surf** a una “vieja que da el espectáculo de miseria y de hazmerreír de quienes seguimos siendo campesinos del tiempo de Boves”.

Otro ejemplo: los carnavales de huevos podridos y aguas teñidas, no menos que el concurso que convoca a los participantes a llevar “la arepa cuadrada más grande, con lo que se humilla al pan sacro del pueblo”. Al adoptar la línea de menor resistencia del humorismo, la TV y la radio han descendido a hacer humorismo con la dignidad y la miseria del pueblo, en un “espectáculo de alta degradación”.

Se preguntaba Aquiles: ¿Qué pasa con el humorismo venezolano? La crisis que atraviesa es parte de nuestra cada vez mayor dispersión cultural, derivada a su vez de la dependencia económica y de tantas otras que no lo son, pero cuyos resultados son idénticos. “Si no hay buen humor en la TV

y en la radio para hacer programas enaltecedores de la dignidad del hombre, por lo menos debería haberlo, pero falta, en el público para escarnecer aquello que, extrañamente, todos reciben con el mayor agrado".

¿No es el refranero uno de los modos de remendar, de bastear por lo menos, las heridas de la vida? Y asimismo, ¿la verdadera urdimbre de los hechos y cosas, extendida en el tambor de las costumbres, ¿no es lo que anuda y atina la calidad de ese hilo, el lenguaje, que se tiñe de humor, en las tintas más profundas de la conciencia?

A estas interrogantes, seguía la admiración que Aquiles profesaba a la Venezuela golpeada por la historia, pero que exhibe, producto seguramente de esa misma experiencia, un rico lenguaje coloquial, variadísimo, de repentista siempre en camino. El pueblo — con Bolívar como primer urdidor del lenguaje dentro y fuera del papel, en parte porque sabía "leer en la obscuridad", y en parte también porque se curtió rebatiendo la prosa "despellejadora" de su época — se consolida a través de la experiencia idiomática.

Pero hoy el venezolano ofrece un espectáculo de fragmentación y crisis, intervenido como está por los medios de comunicación masiva, por la chupuceria tecnificada para retener cautiva a la audiencia de un extremo a otro del país.

No salía Aquiles de su extrañeza ante el hecho de que hoy, en la Venezuela vocinglera de la TV y la radio, no se oye más hablar a gentes como Federico León, Pepe Alemán, Edgard Anzola, Rafael Guinand, Pedro Emilio Coll, Núñez de Cáceres; todos maestros "en la conversación de florete abotonado, tratando de echarse el uno al otro al pico".

A esta antología parlante que ha producido la ciudad, el país, a través de los años, debemos añadir otros nombres: Tito Salas, Mariano Picón Salas, Pedro Sotillo, Arturo Uslar Pietri, Marcos Falcón Briceño, Luis Alfredo López Méndez, Carlos

Eduardo Frias, José Antonio Calcaño, José Antonio Marturet, Pedro Juliac, Guillermo Meneses, Miguel Otero Silva, Inocente Palacios, Ramón J. Velásquez, Pedro Berroeta, Luis Pastori, Luis Beltrán Guerrero, Ramón Escovar Salom, Manuel Alfredo Rodríguez, Caupolicán Ovalles, Francisco Herrera Luque, Domingo Miliani.

¿Y las mujeres que le dan picatón al picatón, es decir, a la planta así denominada, y entre cuyas facultades, según va la leyenda, está la de mandar a callar a las mujeres y aves parleras? Las Crespo, Conny Méndez, Luz Vallenilla, Elisa Elvira y María Luisa Zuloaga, Lola Blanco de Palacios, Luisa López de Ceballos, todas las Coronil, las Brandt, Clemencia Berrizbeitia de Vaamonde, Margot Boulton de Bottome (su hermana Anita dice: "Ella es el pico de oro de la familia"), Cecilia Martínez, Morella e Irma Iturbe (se paseaban por las calles de Caracas, y así las recuerda un cronista español, con un tigre encadenado y todo el idioma suelto), Luisa Palacios, Graciela de Gil Yépez, Yolanda Salicetti de Arria, Margarita de Hernández Ron, Francia Natera, María Josefina y Valentina Tejera, Matilde Castro Gruber; y parece que por el mismo camino de tertulianos a ultranza, como lo quiere la tradición, van las hermanas de las Casas, Francisco Vera Izquierdo, en quien primero muere el silencio que la palabra, observó la agudeza del venezolano para acuñar refranes octosilábicos:

Cochino no come pollo;  
cuando ve pluma suspira.

O:

Convengo que sean frijoles,  
pero que tengan manteca.

Con Andrés Eloy Blanco, con Miguel Otero Silva, el morrocoy del humorismo venezolano, impulsado por la coheteria de Caracas, ¿no se disparó al cielo que pronto inundarían las naves interplanetarias? Naturalmente, el cielo del quelonio estaba pintado con los más vivos colores de fabricación

criolla. Y aquí en tierra, ¿quién quedó? Pues Carlota, nada menos que Carlota, "un morrocoy que para no aburrirse, / se distrae escribiendo sus memorias", en papeles que le regaló Samain, pero principalmente Aquiles.

Quedó también la tortuga también creada por Aquiles, "abuelita del agua, / payasito del agua, / borrachito del agua, / filósofo del agua". Mientras tanto el venezolano, habiendo la tala y la quema agotado todas las riquezas naturales del país, substituyó para el condumio ritual de Semana Santa, el carapacho de morrocoy con la sopa de tortuga **Made in Usa**, en Francia y hasta en el Japón, y todas producidas por el mismo consorcio internacional. En fin, son tortugas que hablan inglés básico, al igual que el **cashew**, el **avocado**, el **peanut** y la chiquita **banana**. Okey?

El humorismo se produce en cierto modo como el arte cinético o el **happening**, como todo arte, entre todos: el que lo realiza y el que lo usufructa, poniendo de su parte, en el primer caso, la capacidad de percepción; y en el segundo, el registro de las emociones. Pero en la Venezuela actual no hay correspondencia entre humorismo y público. A lo sumo se prodiga una sonrisita de cochino. Inútilmente, humoristas como el propio Aquiles, Anibal Nazoa, Zapata, Kotepa Delgado, Claudio Cedeño, Régulo Pérez, Sancho y otros, dedicaron no pocos de sus esfuerzos, después de **El Morrocoy Azul**, a continuar en la brecha, inventando periódicos y revistas. Todos murieron de "inanición" en la Caracas que ya superó los 2.000.000 de habitantes. Los activistas del humorismo tuvieron que contentarse entonces con un pequeño espacio en la prensa, donde deben ingeniárselas, como los caricaturistas, para resumir en una línea las complejidades de la actualidad nacional e internacional.

Sin embargo, en estas mismas circunstancias restrictivas, Aquiles produjo lo mejor y más abundante de su bibliografía, y con la forma definitiva del libro, concentrándose cada vez más en su traba-

jo, superó todo riesgo de que se dispersara su producción. Pronto tendremos el alcance de todas sus genialidades, en la edición de sus obras completas que está haciendo la Universidad Central de Venezuela, compilada por César Rengifo, Anibal Nazoa, Elio Gómez Grillo, Héctor Mujica y quien escribe.

La atención del venezolano, hoy, está acaparada por los fabricantes de humorismo de la TV y la radio, de quienes Aquiles decía que se expresan como "campesinos del tiempo de Boves". La audiencia celebra igualmente este anacronismo radioeléctrico industrializado, porque tampoco las costumbres urbanas terminan de ser asimiladas por gentes que llegaron de regiones donde todavía llaman "taritas a las mariposas", como si ninguna de las dos hubiera aprendido todavía a volar, ni tampoco quien así las designa. Es el otro extremo de la caricatura metropolitana de Zapata, trágica, grotesca, cada línea cargada de implicaciones: por ejemplo, las dudas que manifiesta Cervantes entre dedicarse a la péñola o al base-ball, e inscribirse en las grandes ligas, a competir en la serie del Caribe (**El Nacional**, 7/2/1977). Y también es lo contrario del humorismo, a ratos negro, negrísimo, de Anibal Nazoa, quien en la oportunidad de publicar sus libros, fue saludado por su hermano Aquiles "como uno de los grandes", por encima de cualquier reserva filial que naturalmente no venía al caso.

El venezolano de ese país que se quedó en el aire, en el aire de la TV y la radio, ya ha reducido su vocabulario a una declaración de guerra o, lo que es peor, al silencio. Es el que te saluda con este ultimátum: **¿Y entonces?** O también: **¿Y qué más?**, cortada toda posibilidad de avanzar en el diálogo, porque no hay nada que decirse, en una zona donde además se agotaron las reservas humorísticas. Y en la tentativa máxima por reavivar el estilo de conservación que se perdió, desplazado por la chocarrería de la TV y la radio, el venezolano te dirá, corriendo como tú donde te encuentra: **"Lámame por teléfono, que tenemos que hablar.** Pero una vez

que tú marcas su número, te contesta: **Tenemos que hablar. ¿Cuándo nos vemos?**

Toda la obra de Aquiles se situó más allá de la explosión del chiste, en el humorismo reflexivo, donde sí no narra la historia del espíritu, esclarece sus motivaciones o te encamina a posesionarte del sentido que pudiera tener para ti y para los demás. En los últimos años, el pensamiento de Aquiles, lírico o festivo, se aproximaba cada vez más a esa maravillosa síntesis, fundamentada en la observación directa de la vida y de los hechos. De allí también provenía el vuelo filosófico de su poesía y prosa, por donde se disparaba reiteradamente, al igual que ocurría en su charla, y cuyas excelencias, en el programa titulado **Las Cosas Más Sencillas**, aún resuenan como una de las más profundas creaciones del espíritu que se haya dado en Venezuela.

Ultimamente le obsesionaba el drama del anti-héroe por antonomasia, Judas, confrontado al supremo signo del sacrificio, Cristo; y tema al cual arribó, con la sabiduría que dan además los años, desde que, en 1955, escribió el:

### JUDAS QUEMADO EN CAGUA

Cuando entró apagando velas  
el viento en la procesión,  
y la torre echó a la calle  
sus campanas de latón  
—tres repicando a Aleluya  
y dos a Resurrección—;  
cuando el domingo aragüeño  
de muchachas floreció  
y el sol como colcha de arpa  
puso a la plaza mayor,  
cien cohetes levantaron  
sus palmas de relumbrón  
y todo fue gente y gritos:  
¡Ahí viene la Comisión!

Jinetes de punta en blanco,  
al ojo el sombrero alón,  
espumantes los caballos  
y en el pecho todo el sol,  
despejando van las calles  
formados de dos en dos.  
Delante, Benito Melo  
va en un caballo marrón,  
crujiente en su liquiliqui,  
deslumbrante de almidón,  
y en la cara la sonrisa  
como una flor de balcón.

Y atrás, entre las dos filas,  
en un burrito trotón,  
con el frente hacia la cola,  
con el cuerpo hecho un montón,  
con los pies escobillando  
un forzado galerón,  
atrás va el judas del pueblo  
siguiendo a la Comisión.

Pantalón de cotonia,  
zapatos sin dirección,  
casaca federalista,  
basura por corazón,  
va el pobre Judas de Cagua:  
lo agarró la Comisión  
y el pueblo, encendido en gritos,  
lo sigue como un hachón.

Ya baja Benito Melo  
de su caballo marrón,  
ya un olor de kerosene  
se mezcla con el del ron,  
ya flores de las muchachas  
recibe la Comisión  
ya sin jinetes se llevan  
al borriquito trotón.  
Y cuando al aire se agitan  
las faldas del casacón

y los pies cambien en valse  
su forzado galerón,  
Judas al pueblo le dice  
lo que va continuación:

—Vine al mundo en Barrio Loco,  
pero me crié en Barrancón  
y andé pa arriba y pa abajo  
como mano de pilón.  
Ya grande pasé a Turmero  
donde empezó la cuestión,  
pues allí en la jefatura  
me encerraron por ladrón,  
y en un descuido del guardia  
me fugué por un balcón  
y fui a dar en una iglesia  
donde en aquella ocasión,  
como era Semana Santa  
celebraban la Pasión.  
Caifás y Poncio Pilatos,  
los jefes de la región,  
andaban buscando a Cristo  
no sé por qué acusación.  
Y como ofrecieron plata  
por el que diera razón,  
yo quise salir de abajo  
con aquel santo varón.

Y entonces lo fui a buscar  
con mi segunda intención,  
y de Cristo me hice amigo  
pa luego hacerle traición.  
Le di un beso en la mejilla,  
le ofrecí veneración  
y en lo que todos dormían  
le avisé a la Comisión.  
Vinieron tres comisarios,  
le pegaron un cordón  
y al mismo tiempo brincaron  
con mi gratificación,  
Y con los treinta dinerios

que cogí por mi traición,  
jugué bolas, me eché palos,  
y me compré un pantalón.

Pero al caer la tarde  
vino la crucifixión  
y del Cristo moribundo  
yo vi la triste expresión,  
y no pude con la pena  
que me embargó el corazón,  
y me dije - ¡Concha, Judas,  
tú no mereces perdón!

Entonces llamé a Benito  
y le dije: - Valezón,  
mande a comprar kerosene  
y conviértame en carbón  
para que el pueblo de Cagua  
se remire en mi lección  
y no venda a los amigos  
ni por precio de un millón.

Y mientras el pobre Judas  
daba esta peroración,  
repicaban Aleluya  
las campanas de latón  
y las chicharras del campo  
cantaban Resurrección.

Pasó la fiesta del Domingo de Ramos, pero aquellas cenizas del fantoche de trapo folklórico, cosido con puntadas de tradición, no se dispersaron del todo en el aire caliente de Cagua. Parte se acumuló en los papeles en blanco de Aquiles, donde, como la huella de un fantasma, dejó el estigma de Judas, pero ahora reclamando la revisión de juicio. Por mucho tiempo meditó Aquiles sobre el destino del ecónomo ignaro que estaba encargado de administrar las dádivas que recogían los apóstoles, con luces que él no tenía: en el antipático papel, dicho

del pozo, de hacer las cuentas. Qué pizza magistral, reconstrucción de todas las vicisitudes del alma humana, escribió Aquiles para replantear lo que no es otra cosa que el derecho de la conciencia de cada quien para cuestionar sus actos, para constituirse en su propio árbitro. A este respecto, en **Las Cosas Mas Sencillas**, Aquiles hizo esta reflexión donde se patentiza la carga humanística de su palabra, más rica que nunca para el momento en que la pronunció:

"Dime con quién andas y te diré quién eres". He aquí un adagio que no podrá aplicarse a Cristo, que acababa con Judas; ni a Judas que andaba con Cristo. Y sin embargo, Judas y Cristo han andado a lo largo de más de veinte siglos por la memoria de las generaciones, y cuando se alude a la Pasión, se alude al alba del Cristianismo, se memorizan juntos Cristo y Judas, como si fueran los únicos protagonistas, los más importantes y vigentes de este magno episodio.

"Andan juntos Cristo y Judas en la imaginación de los hombres y en la memoria de la historia, uno como contrafigura del otro: Cristo, todo bien, suma de todas las perfecciones; Judas, todo mal, alma sombría, lúgubre; con su nombre se alude a la cualidad más baja que puede afectar a un ser humano, al espíritu de traición; y uno siempre se pregunta cómo pudo Cristo todo bondad, todo disposición de bien, permitir que en su destino y en su posteridad, le tocara una participación tan negativa y deplorable al pobre Judas".

No incurrió Aquiles en la tontería contra la ortodoxia, de constituirse en juez defensor de Judas. Pero urgía al poeta un sentimiento de justicia, como todo lo que dictó su obra, y el mismo que lo llevó a establecer un parangón entre la tolerancia de Jesús, puesta de manifiesto en toda clase de actos, parábolas, portentos, como otras tantas respuestas revolucionarias al orden jertarquizado de su tiempo; y la condena de Judas al oprobio por el predestinado de los cielos, el que miraba en su destino sin

amedrentarse por amor a la redención de la humanidad.

En ninguna oportunidad, el menor rayo de la revelación alcanzó a Judas, por lo que vivía a tientas, ajeno a la conciencia, en su papel de vigilantes de los números, como los otros lo eran de la gloria. Según Aquiles, el trueque de Jesús por treinta dineros es la venganza de Judas contra su propia imposibilidad de escalar la salvación, a la cual no se aproximó ni siquiera por la vía de la sospecha. En cambio los otros apóstoles, sostenidos además por el amor de Jesús, se dedicaron a construir esa misma salvación con procedimientos doctos, capaces de hacer prosélitos. La mueca del sino trágico de Judas es la que Leonardo pintó en el fresco de **La Última Cena**. Este es el orden que tienen las ideas de Aquiles en su recorrido por el mundo turbio de Judas, y cuyo contraste es el resplandor del sacrificio de Cristo.

En el libro Raúl Santana **Con un Pueblo en el Bolsillo**, Aquiles incluyó una pieza donde habla de la desesperación de Judas que está a punto de ser incinerado por el fuego tradicional de Semana Santa, de siempre, de la eternidad. Sin embargo, este otro Iscariote, lejos del ingenuo rito de Cagua pero dentro del mismo esquema de la operación costumbrista, se vuelve contra su destino de hombre abandonado a la traición. Su expresión es de quien hace el último esfuerzo de protesta contra la pérdida de la gracia. En este momento supremo, el del humorismo como especulación de la condición humana, Aquiles escribió el

## NUEVO TESTAMENTO DE JUDAS

Miren, pedazos de cochinos, desde mis escombros, desde lo que ustedes han destruido en mí; desde los pedazos de descompuesta sangre a que la infamia de ustedes me redujo, todavía les digo

que lo ocurrido no fue de ninguna manera una derrota.

Yo tengo más vidas que todos los gatos de ustedes juntos.

Nadie ha logrado matarme completamente jamás, a pesar de que todos ustedes se conjuraron para coserme a puñaladas.

Pues soy inmortal porque yo soy el pueblo.

Yo encarno la inmortalidad del amor; soy inmortal porque sufro y se llevarán interesantes sorpresas.

Nunca le robé a nadie, cosa que lamentó mucho

Fui un tipo, algunas señoras me amaron

Y el tiempo de mi vida se consumió en

(ejercicios superiores) de la tontería

Mis asesinos al matarme confirmaron la teoría de que el crimen perfecto no existe.

Ustedes, gavilla de criminales indoctos en su pobre oficio, al asesinarme a la vuelta de la esquina se emporcaron estúpidamente y aunque creyeron que me mataban al despedazarme, yo sigo vivo en ese perro, en esa nube, en esos zapatos.

Es más: por lo que ustedes viven es porque yo los he amado de alguna manera, quede constancia de este asunto,

Caracas, 1977.